

Capítulo XXIV.

Una triste profecía.

Una blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de magey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana (E).

Una hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

—Biautex, —exclamó Anacaona al verle, —oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla, —respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo

Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano.

Guacanajari ha abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechio, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y á ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.

Gayacoa ha bajado á las profundas cavernas de Amayauna y de Cacibaxagua para consultar á los tzimes protectores.

El enemigo es cada día más cruel con ellos.

La patria está á punto de desaparecer.

En esta situación es necesario que abandones tu silenciosa morada y que acudas con tu consejo y tu poderoso brazo en nuestro socorro.

—Ven, desgraciada, ven, —exclamó Biautex, cogiendo de la mano á Anacaona, y conduciéndola hasta su morada.

Al llegar allí clavó su penetrante mirada en el tzimes, que con sus propias manos había grabado sobre el pecho de Anacaona el día en que nació.

Y despues de contemplarla un rato:

—¡Pobre reina! —exclamó. —Vagoniana ha querido que presencias los últimos dias de Haiti. Su maldición ha caído sobre nosotros.

Todos cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles.

El extranjero destruirá nuestra raza y la esclavizará; nuestras ciudades serán arrasadas, y sobre sus escombros levantarán nuevos edificios nuestros enemigos.

Los quipos que contienen nuestra historia desaparecerán para siempre, y en lo sucesivo nada podrá saberse de nuestros antepasados ni de los héroes de nuestra raza (F).

La raza de los blancos poblará las campiñas, después de haber regado las verdes y risueñas colonias de Haití con la sangre de sus tribus.

Más tarde perecerá también la raza blanca bajo la espada destructora de una raza completamente negra, que la conducirá con las cadenas de la esclavitud hasta las lejanas riberas en donde tuvo su principio la guerra.

Sus lágrimas no enternecerán la justicia del cielo.

La raza blanca perecerá.

La raza negra, libre de sus cadenas, engendrará de nuevo generaciones cobrizas como la nuestra.

La descendencia de Vagoniana abandonará la tumba, y la tierra de sus padres será poblada por los hijos de los hijos del sol y de la luna.

Tal es el destino que nos espera, y ahora solo te resta el saber morir como una reina.

Acércate á la laguna en cuyo seno duerme la muerte, baña tu frente en sus aguas cristalinas.

Anacaona se arrodilló en presencia del butio, en tanto que el anciano bañaba sus fatigados miembros con el jugo del hobo (G).

Biautex dió á Anacaona para calmar la sed que la devoraba raíz de Aniguarmar (H).

El butio la bendijo, y se separó de ella.

Anacaona atravesó las ondas del río, llegó á la opuesta orilla.

Todos los caciques corrieron á su encuentro.

En vano trataron de penetrar el misterio de la revelación que le había hecho el cacique.

Guaorocoya, que había guardado las conchas sagradas, las colocó de nuevo en el cuello de Anacaona, y con los demás caciques la acompañó hasta su palacio.

Antes de despedirse de ellos la reina:

—Reunid vuestras tribus,—dijo á los caciques;—conducidlas á las orillas del Bonao: es necesario morir ó vencer.

Anacaona quiso conciliar el sueño y no pudo.

Para calmar su pena buscó consuelo en la oración, y sentándose en el buho de los caciques, oró bastante tiempo (I).

Cayendo en una profunda melancolía, viendo próximo el fin de su raza, exclamó en medio de sollozos:

—Adios, sombra querida de mis antepasados; adios, cielo azul que nos cobijaste; adios, verdes colinas del Canta, del Xaragua y del Cibao; adios, fértil Ozama y trasparente Neira (J).

Adios, Juna, coronada de flores, y tú, Cotuy, cuyas ondas arrastran polvo de oro; adios, Jánico, en cuyas agrestes y misteriosas orillas he oído la dulce

voz de mi patria en las tranquilas noches de la primavera. Adios, palmeras coronadas de frutos deliciosos; adios, sarumas, xaguas, copayes, majaguras, cuaconaxes, macaguas y guayacanas que rodeais con vuestra sombra el palacio de los reyes (K)...

—Adios,—exclamó inundada de lágrimas,—ruiseñor melancólico, ligero tomegin, tímida tórtola, tocororo (L) de plumas de esmeralda.

Adios, carpintero de color de oro; adios, hermosas ramas de curia (LL), yerbas y flores por las que amaba con ternura indecible todo cuanto tiene vida, color, movimiento, voz é inteligencia en el suelo adorado de Haiti (M).

Diez días permaneció Anacaona en oracion sin ver á nadie, ni aun á su propia hija.

Al cabo de este tiempo, el guerrero español que custodiaba en su palacio habia recuperado la salud.

Higuanamota, la Flor de las Montañas la hermosa hija de Anacaona y Caonabo, corrió al encuentro de su madre.

—¡Cuánto sufres, madre mia!—le dijo.

—Mi dolor es inmenso.

—¿No podré calmar tu pena con un rayo de la alegría de mi corazón?

—¿Tú eres feliz?

—Sí, madre mia, sí; mi alma se ha despertado al amor.

—¿Tú amas, bien mio?—exclamó Anacaona, fijando con ansiedad sus ojos en los de la niña.

—Sí.

—¿A quién?

—Al extranjero.

Anacaona miró con asombro á su hija.

Un sentimiento de odio iba á fulminar en sus labios una maldicion, pero se detuvo.

El destino le habia anunciado su próxima muerte.

Si moria, ¿quién ampararia á su hija?

—Bendita seas, Higuanamota, bendita seas; no seré yo quien turbe la felicidad de tu alma.

—Ven, ven á verle,—añadió Higuanamota;—escucha de su lábios la promesa de amor que me hace y bendícele.

Anacaona se dejó conducir suavemente por su hija.

Hernando de Guevara, que verdaderamente amaba á la jóven india, respondió afirmativamente á las preguntas de Anacaona.

—Yo te juro,—le dijo,—labrar su felicidad. La enseñaré á bendecir á Dios; nada la faltará á mi lado, y contará las horas de su vida por las esperanzas y las ilusiones de su corazón.

¿Qué podia hacer la infeliz madre sino bendecir la union de los amantes?

Guevara pidió á la reina que aceptase la paz con que le brindaban los españoles.

—No, es imposible,—exclamó.—Hé jurado á Caonabo, y conmigo todos los caciques, destruir las cadenas que le sujetan, libertar á la patria ó morir.

La voluntad de Anacaona era inquebrantable.

Hernando de Guevara tenia que volver á la colonia.

Se despidió de Higuanamota, jurándole de nuevo que volvería por ella.

La pobre niña comprendió el deber del guerrero, y tuvo valor para dejarle partir.

—Los guaninos que llevas al cuello,—le dijo Higuanamota,—te perservarán de la muerte. No habrá un solo indio que al verlos se atreva á disparar contra tí una sola flecha.

Guevara partió.

Al llegar á la colonia fué arrestado.

Roldan, el soldado á quien habia mandado preso á la fortaleza de Santo Tomás, se habia puesto de acuerdo con los tres camaradas que le habian conducido, y habia asegurado á Colon que, confabulado Guevara con Anacaona, de cuya hija se habia prendado, habia partido con ella á ponerse al frente de los indios para dirigirlos en el combate.

Guevara no ocultó á Colon el amor que le habia inspirado Higuanamota.

El almirante se preparaba á lidiar, y no estaba seguro de la fidelidad de aquel hombre, que se sentía poseído de una pasión tan vehemente hácia la hija de Caonabo.

No era posible evitar la lucha.

El almirante, con los suyos, se dispuso á salir al encuentro de los indios.

Capítulo XXV.

La primera batalla en el Nuevo Mundo.

Llegó la hora del combate.

Anacaona cubrió su frente con la corona de los reyes, adornó su cuello con las cibas y las conchas sagradas, blandiendo en su diestra la flecha emponzoñada con la sangre de las serpientes de Guanigua.

Los caciques la aguardaban en el batey (N).

Un acontecimiento fatal aumentó la amargura de Anacaona.

Boechio su hermano habia espirado, y todos sus vasallos querían jurarle fidelidad como reina de Xaragua.

¿Qué era una gota más de sangre en el cáliz que la desgracia acercaba á sus labios?

Colocándose en medio de los caciques, los incitó á combate.

Allí estaban los feroces guerreros del Cibao, de Higüey, de Guahava, de Sabana, de Guacayarigua y